



La vieja máscara del zangarrón volvió a salir a las calles de Sanzoles después de pasar, oculta en un baúl, más de cuarenta años. (FOTOS CALLEJA)

A pesar del intenso frío, la celebración ancestral contó con la activa participación de niños y mayores

## Una máscara centenaria devuelve a sus orígenes el rito del zangarrón en Sanzoles

*Dicen que fue en los remotos tiempos de la peste cuando los vecinos de Sanzoles decidieron sacar en procesión durante varios días la imagen de San Esteban, por ver si el santo*

*ahuyentaba el mal. Como fuera que la devoción popular no lograra conmovier al «santo niño» los rezos de los vecinos se tornaron en piedras. Al intentar apedrear al santo, se*

*les apareció como por encantamiento una espantosa figura enmascarada que, sin articular palabra, consiguió amedrentar a los iconoclastas. Así nació el «zangarrón».*

Zamora. M. J. PASCUAL

El zangarrón de entonces fue un devoto de San Esteban que, horrorizado por la actitud de sus convecinos corrió hacia las cuerdas, se puso en la cabeza un pellejo de vino, se atavió con las mantas de las mulas, se ciñó a la cintura una baraja de cencerros y recogió varias vejigas de marrano. Ayer, desde las siete de la mañana, volvió a reproducirse el rito ancestral en casa de José Javier Sánchez, con la particularidad de que la máscara con la que salió hasta la iglesia de la localidad, hacía 45 años que descansaba en un baúl, y cuya antigüedad se remonta, al menos, a cien años atrás, según dicen los expertos.

Aunque esta celebración invernal tiene lugar el 26 de diciembre, día de San Esteban, la importancia del hallazgo quiso que ayer volviera a repetirse el ritual tal y como los viejos del lugar lo recordaban. Con el paso de los años, algunos vecinos de Sanzoles comenzaron a darse cuenta de que la tradición se deterioraba a consecuencia del añadido de elementos nuevos y ajenos a la «letra» y al «espíritu» de esta fiesta, que está a medio camino entre lo religioso y lo pagano, y de la que no existen documentos que puedan servir



La función se celebró a pesar del intenso frío reinante. (FOTO CALLEJA)

para datar su origen. Sánchez afirma que «al final, se estaba convirtiendo en un carnaval, porque ni los bailes se respetaban, ni el recorrido del zangarrón, que sólo tenía que ser provocado con los cencerros en el trayecto que había desde su casa hasta la puerta de la iglesia». A

pesar del aspecto demoníaco que la careta presta al zangarrón, similar a la de los hechiceros de tribus arcaicas, esta figura popular es considerada benéfica por los habitantes de localidades que, como Sanzoles, celebra cada invierno un rito similar, «aunque los tres días bai-

lando y sin dormir que se hacían antes, ahora se han reducido». Los quintos, que han sido año tras año los que se han pasado el testigo de la tradición, se han mostrado bien dispuestos a «pulir» las impurezas modernas de la celebración y volver a los orígenes el año que viene.

### «Los más viejos se emocionaron mucho»

Cuando el zangarrón salió de su casa para iniciar la persecución de los «descreídos» que lo provocaban en el camino con el ruido de toda clase de cencerros, nevaba en Sanzoles. Sin embargo, el intenso frío reinante no impidió que vecinos y forasteros participasen activamente en la función callejera que culminó a las puertas del templo, con tres vueltas alrededor del mismo y la explosión de las tres vejigas. Porque el zangarrón, no se sabe por qué motivo ancestral que ya nadie recuerda, no puede entrar en la iglesia del pueblo, que está bajo el patronazgo de San Zoilo. Durante el trayecto marcado, el perseguidor enmascarado corre amenazante por las «cuatro calles» tras chicos y grandes que, si son alcanzados, tienen que pagar. Sus acompañantes no fueron los quintos en esta ocasión, sino hombres ataviados de capotes de paño. Sólo una de estas prendas es centenaria. Las otras fueron mandadas hacer en Béjar hace unos años por la quinta a la que pertenece Nieves Celtrero, que se ha mostrado «impresionada» por la expresividad de la vieja máscara recuperada ayer, hecha «de pellejos de las bodegas y con símbolos dentro de la cabeza, huesos en la frente y rabo de jabalí». Estos capotes de los acompañantes están a disposición del pueblo, que cuenta con un pequeño museo para que estas prendas descansen el resto del año. El entusiasmo expresado por el público hace creer a José Javier Sánchez que la tradición pervivirá. «Los más viejos se emocionaron con el baile», dice satisfecho.